

TEATRO DEL ABSURDO.

IONESCO, EUGÈNE.

Eugene Ionesco nació en Saltina (Rumania), de madre francesa y padre rumano, abandonó en 1938 su patria para establecerse definitivamente en Francia, cuyo idioma emplea en una serie de obras - vanguardistas y subversivas que a partir de 1950 le han ido situando al frente del nuevo teatro: entre ellas, La cantante calva, La lección, Las sillas, Rinoceronte, Jacques o la sumisión, Víctimas del deber, etc., son las más sobresalientes.

EUGÈNE IONESCO.

TEATRO DEL ABSURDO.

OBRA EN UN ACTO.

LA CANTANTE CALVA.

EUGÈNE IONESCO.

IONESCO, EUGÈNE.

Eugene Ionesco nació en 1912 en Slatina (Rumanía), de madre francesa y padre rumano, abandonó en 1938 su patria para establecerse definitivamente en Francia, cuyo idioma emplea en una serie de obras vanguardistas y subversivas que a partir de 1950 le han ido situando al frente del nuevo teatro: entre ellas, La cantante calva, La lección, Las sillas, El inocente, Jacques o la sumisión, Víctimas del deber, etc., son las más sobresalientes.

TEATRO DEL ABSURDO.

LA CANTANTE CALVA.

EUGÈNE IONESCO.

PERSONAJES.

SEÑOR SMITH.

SEÑORA SMITH.

SEÑOR MARTIN.

SEÑORA MARTIN.

UNA OBRA EN UN ACTO.

EL CAPITAN DE BOMBEROS.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. N. A. B.

PERSONAJES.

SEÑOR SMITH.

SEÑORA SMITH.

SEÑOR MARTIN.

SEÑORA MARTIN.

MARY, *criada.*

EL CAPITAN DE BOMBEROS.

DECORADO.

Interior de una casa inglesa. Ambiente burgués. Sillones de estilo inglés. Tarde inglesa. En un sillón, el SEÑOR SMITH, en zapatillas inglesas, cerca de una chimenea inglesa, fuma su pipa inglesa y lee un periódico inglés. El SEÑOR SMITH tiene un bigote pequeño inglés y lleva gafas inglesas. A su lado, en otro sillón inglés, la SEÑORA SMITH, quien está remendando unos calcetines ingleses.

Hay un largo silencio inglés.

Un reloj inglés da diez y siete campanadas inglesas.

SEÑORA SMITH.- Ya son las nueve. Hemos comido sopa, pescado, patatas con tocino y ensalada inglesa. Los niños han bebido agua inglesa. Esta noche la cena ha sido perfecta. Y es porque vivimos en los alrededores de Londres y porque nos apellidamos Smith. (El SEÑOR SMITH está leyendo el periódico y haciendo ruidos con la lengua.) Las patatas con tocino estuvieron exquisitas y no estaba rancio el aceite de la ensalada inglesa. El aceite del tendero de la esquina es mucho mejor que el de enfrente, y superior al que venden al otro lado. Pero no quiero decir que el aceite de éstos sea malo. (El SEÑOR SMITH sigue leyendo el periódico y haciendo ruidos de satisfacción con la lengua.) Sin embargo, el aceite de la tien-

da de la esquina es el mejor. (*Mismo juego del SEÑOR SMITH.*) Hoy, Mary ha cocinado muy bien las patatas. La vez anterior, no. A mí, las patatas solamente me gustan cuando han cocido mucho. (*El SEÑOR SMITH continúa leyendo y haciendo ruidos con la lengua.*) El pescado estaba fresco. Me he chupado los dedos. Repetí dos veces. No, tres. Aunque se que eso me suelta el vientre. Tú también lo hiciste hasta en tres ocasiones; no obstante, en la última te has servido menos. Yo, en cambio, me llené el plato. Esta noche he comido mejor que tú. ¿Cómo es posible? Por lo regular tú comes más. ¿Es que no tienes apetito? (*El SEÑOR SMITH repite los ruidos con la lengua.*) La sopa la encontré un poco salada. La mía tenía más sal que la tuya. También había demasiados puerros y poca cebolla. Siento mucho no haber aconsejado a Mary que le añadiese un poco de anís escarchado. En la próxima ocasión procuraré no olvidarme. (*El SEÑOR SMITH continúa leyendo el periódico y haciendo ruidos con la lengua.*) A nuestro hijo, el pequeño, le hubiese gustado beber cerveza, hasta colmarse la panza, se parece a ti. ¿Viste cómo miraba a la botella? Pero yo le llené su vaso con agua. Y como tenía sed se la tomó de un trago. Helene, en cambio, se parece a mí: es buena ama de casa, ordenada, toca el piano. Jamás pide cerveza inglesa. Es igual a nuestra nieta, que tan sólo bebe leche y su única comida es la papilla. En seguida se ve que aún no tiene dos años. Se llama Peggy. La tarta de membrillos y habichuelas estaba formidable. Deberíamos haber tomado con el postre un vasito de "bourgogne" australiano. Pero no lo puse en la mesa para no dar a los niños el mal ejemplo de la glotonería. Hay que enseñarles a ser sobrios y mesurados. (*El SEÑOR SMITH sigue con su lectura y sus ruidos.*) La señora Parker conoce a un tendero rumano, llamado Popesco Rosenfeld, que acaba de llegar de Constantinopla. Un gran especialista en "yogourt". Es diplomado de la escuela de fabricantes de "yogourt", de Andrinópolis. Mañana iré a comprar un tarro grande de "yogourt" rumano folklórico. No es muy frecuente que tengamos cosas como esas en los alrededores de Londres. (*El SEÑOR SMITH sigue haciendo lo mismo.*) El "yogourt" es excelente para el estómago, los riñones, la apendici-

tis y la apoteosis. Me lo ha dicho el doctor Mackenzie-King. Es quien cuida a los hijos de nuestros vecinos, los Johns. Un buen médico. Se puede confiar en él. Jamás receta otros medicamentos que aquellos que ha experimentado personalmente. Antes de operar del hígado al señor Parker, él mismo, sin estar enfermo, se dejó operar del hígado para tener experiencia.

SEÑOR SMITH.- ¿Y cómo es que el doctor está vivo y Parker ha muerto?

SEÑORA SMITH.- Porque la operación del doctor salió bien y la otra no.

SEÑOR SMITH.- Eso prueba que Mackenzie-King no es buen médico. La intervención quirúrgica tenía que haber sido favorable para ambos, o de lo contrario los dos debieron sucumbir.

SEÑORA SMITH.- ¿Por qué?

SEÑOR SMITH.- Un médico con conciencia profesional debe morir con el enfermo, si es que no se pueden curar juntos. El capitán de un barco perece entre las olas con su nave. No la sobrevive.

SEÑORA SMITH.- No podemos comparar un enfermo con un barco.

SEÑOR SMITH.- ¿Cuál es la razón? El barco también tiene sus enfermedades. Por otra parte, tu doctor está tan sano como un navío. He aquí por qué debía haber perecido al mismo tiempo que el enfermo, como el doctor y su barco.

SEÑORA SMITH.- ¡Ah! No había pensado en eso... Puede que sea justo. Y... ¿cuál es tu conclusión?

SEÑOR SMITH.- Que todos los médicos no son más que unos charlatanes. Y también los enfermos. La Marina es lo único honesto que hay en Inglaterra.

SEÑORA SMITH.- Pero no los marinos.

SEÑOR SMITH.- Naturalmente. (Pausa. Continúa con el periódico.) Hay una cosa que no me explico: ¿por qué siempre en los periódicos, se pone la edad de las personas fallecidas y jamás aparece la de los recién nacidos? Es algo que no tiene sentido.

SEÑORA SMITH.- Nunca me lo he preguntado. (Pausa. El reloj da siete campanadas. Silencio. Suena tres veces el reloj. Silencio.)

SEÑOR SMITH.- (Sin leer el periódico.) Mira, aquí está escrito que Bobby Watson se ha muerto.

SEÑORA SMITH.- ¡Dios mío! ¡Pobrecillo! ¿Y cuándo murió?

SEÑOR SMITH.- ¿Por qué adoptas ese aire de asombro? Tú sabes perfectamente que falleció hará dos años. ¿No recuerdas que estuvimos en su entierro hace año y medio?

SEÑORA SMITH.- Claro que me acuerdo. En seguida recordé. Lo que no comprendo es por qué te has extrañado tanto al leerlo en el periódico.

SEÑOR SMITH.- No está en el periódico. Hace ya tres años que hablaron de su muerte. Me ha venido a la memoria por una asociación de ideas.

SEÑORA SMITH.- ¡Qué lástima! Estaba muy bien conservado.

SEÑOR SMITH.- ¡Era el cadáver más bello de la Gran Bretaña! No representaba su edad. ¡Pobre Bobby, hacía cuatro años que había muerto y aún estaba caliente! Un verdadero cadáver con vida. ¡Y que divertido era!

SEÑORA SMITH.- ¡La pobre Bobby!

SEÑOR SMITH.- Tu quieres decir "el" pobre Bobby.

SEÑORA SMITH.- No, porque es en su mujer en quien pienso. Se llamaba también Bobby, Bobby Watson. Como tenían el mismo nombre no se les podía distinguir cuando estaban

juntos. Solamente hasta después de su muerte logramos saber quién era el uno y el otro. Y aún ahora, todavía, hay muchas personas que la confunden con el muerto, y le dan el pésame. Tú, ¿la conoces?

SEÑOR SMITH.- Tan sólo la he visto una vez, por casualidad, en el entierro de Bobby.

SEÑORA SMITH.- Yo nunca la he visto. ¿Es bonita?

SEÑOR SMITH.- Tiene rasgos correctos y sin embargo no se puede decir que sea bonita. Es demasiado alta y muy robusta. Sus rasgos no son correctos y sin embargo se puede decir que es bonita. Es un poco pequeña y muy delgada. Es profesora de canto. (El reloj da cinco campanadas. Pausa larga.)

SEÑORA SMITH.- ¿Y cuándo piensan casarse?

SEÑOR SMITH.- En la primavera próxima, a más tardar.

SEÑORA SMITH.- Seguramente habrá que ir a la boda.

SEÑOR SMITH.- Tendremos que hacerles un regalo. Pero, ¿qué les vamos a regalar?

SEÑORA SMITH.- Por qué no les regalamos una de las siete bandejas de plata que nos obsequiaron con motivo de nuestro matrimonio, y que jamás sirvieron para nada. (Pausa.) ¡Tiene que ser triste para ella el haberse que dado viuda tan joven!

SEÑOR SMITH.- Afortunadamente no han tenido hijos.

SEÑORA SMITH.- ¡No les faltaba más que eso! ¡Hijos! ¡Qué hubiese hecho la pobre!

SEÑOR SMITH.- Aún es joven. Puede volver a casarse. ¡Le sienta tan bien el luto!

SEÑORA SMITH.- ¿Más, quién cuidará de los hijos? Ya sabes

que tienen una niña y un niño. ¿Cómo se llaman?

SEÑOR SMITH.- Bobby y Bobby, como sus padres. El tío de Bobby Watson, el viejo Bobby Watson, es muy rico y quiere mucho al niño. Puede perfectamente encargarse de la educación de Bobby.

SEÑORA SMITH.- Sería lógico. Y la tía de Bobby Watson, la vieja Bobby Watson, podría, a su vez, encargarse de la educación de Bobby Watson, la hija de Bobby Watson. Y así Bobby, la mamá de Bobby Watson, podría volver a casarse. ¿Sabes si tiene algún pretendiente?

SEÑOR SMITH.- Sí, su primo Bobby Watson.

SEÑORA SMITH.- ¿Quién? ¿Bobby Watson?

SEÑOR SMITH.- ¿De cuál Bobby Watson hablas?

SEÑORA SMITH.- De Bobby Watson, el hijo del viejo Bobby Watson, el otro tío de Bobby Watson, el muerto.

SEÑOR SMITH.- No, no es ése. Es otro. Se trata de Bobby Watson, el hijo de la vieja Bobby Watson, la tía de Bobby Watson, el muerto.

SEÑORA SMITH.- ¿Quieres decir, Bobby Watson, el viajante?

SEÑOR SMITH.- Todos los Bobby Watson son viajantes.

SEÑORA SMITH.- ¡Qué profesión tan dura! Sin embargo se hacen buenos negocios.

SEÑOR SMITH.- Sí, cuando no hay competencia.

SEÑORA SMITH.- ¿Y cuándo no hay competencia?

SEÑOR SMITH.- Los martes, los jueves y los martes.

SEÑORA SMITH.- ¡Ah! Tres días a la semana. ¿Y qué hace Bobby Watson durante ese tiempo?

SEÑOR SMITH.- Descansa, duerme.

SEÑORA SMITH.- Y si no tiene competencia en esos tres días, ¿por qué no trabaja?

SEÑOR SMITH.- Yo no puedo saberlo todo. Ni tampoco puedo contestar a todas tus preguntas idiotas.

SEÑORA SMITH.- (Ofendida.) ¿Dices eso para humillarme?

SEÑOR SMITH.- (Sonriendo.) Sabes muy bien que no tengo esa intención.

SEÑORA SMITH.- Todos los hombres son iguales. Se pasan el día en la casa con el cigarrillo en la boca, o empolvándose y pintándose los labios, si es que no están bebiendo sin parar.

SEÑOR SMITH.- ¿Y qué dirías si vieras a los hombres hacer lo que las mujeres: fumar constantemente, darse polvos, pintarse los labios y beber whisky?

SEÑORA SMITH.- Pues yo me río de todo eso. Pero si lo dices por molestarme..., a mí no me agrada ese tipo de bromas, ya lo sabes... (Tira los calcetines y se levanta.)

SEÑOR SMITH.- (Levantándose. Se acerca a ella. Tiernamente.) ¡Oh!, pichoncito mío, por qué te pones echa un basilisco si sabes muy bien que te lo digo en broma. (La toma por la cintura y la besa.) ¡Qué ridícula pareja de viejos enamorados hacemos! Vámonos, apaguemos, y a dormir.

Entra MARY.

MARY.- Yo soy la criada. He pasado una tarde muy agradable. He ido al cine con un hombre y he visto una película con mujeres. A la salida fuimos a beber aguardiente y leche. Y después hemos leído el periódico.